

RESUMEN COMPLETO

Un piloto se estrella en mitad del Sahara con agua para ocho días. Y lo primero que le dice un niño que aparece de la nada es: «Por favor, dibújame un cordero».

Ese niño sabe algo sobre la felicidad que tú y yo llevamos media vida olvidando. No te lo suelta de golpe. Está escondido en el capítulo veintiuno, en boca de un zorro, y en este vídeo te lo cuento capítulo a capítulo. Quédate, que merece la pena.

El Principito parece un cuento para niños. Se lee en una tarde, lleva dibujos, hay un zorro que habla. Y precisamente por eso gusta.

Porque cada capítulo es una pregunta con disfraz. ¿Qué persigues con tanta prisa? ¿Lo que tienes te hace feliz o solo lo cuentas? ¿Cuándo fue la última vez que miraste algo sin ponerle precio?

El libro entero cabe en una frase que el zorro le regala al principito: lo esencial es invisible a los ojos. Hoy vamos a ver cómo se llega hasta ella.

Antoine de Saint-Exupéry nació en Lyon en 1900. Y casi toda su vida estuvo en el aire.

Fue piloto de correo aéreo, de los que cruzaban el Sahara en aviones que se averiaban por nada. Esto te suena, ¿verdad? Porque en 1935 se estrelló en el desierto de Libia con su mecánico y pasaron días sin agua, al borde de la muerte, hasta que los encontró un beduino. Ese desierto, esa sed, esa soledad: es el arranque del libro.

Escribió otras novelas sobre aviación, pero El Principito lo escribió estando exiliado en Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial, lejos de una Francia ocupada. Lo publicó en 1943 y lo ilustró él mismo, con esos dibujos que parecen de niño y que no lo son.

En 1944 salió a volar en una misión de reconocimiento sobre el Mediterráneo y no volvió. Nunca regresó. Fíjate qué cosa: el autor de la historia del niño que desaparece en el desierto se esfumó también sin dejar rastro.

Capítulo UNO: El sombrero que era una boa

El narrador, de niño, dibujó una serpiente boa que se había tragado un elefante. Los mayores veían un sombrero. Le dijeron que dejara el dibujo y se dedicara a la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así que a los seis años abandonó su carrera de pintor, y de mayor se hizo piloto. Cada vez que conocía a un adulto que parecía despierto, le enseñaba su dibujo. Siempre le contestaban lo mismo: «Es un

sombrero». Y entonces dejaba de hablarles de estrellas y les hablaba de golf, de política y de corbatas. Quedaban encantados.

Capítulo DOS: Dibújame un cordero

Seis años después, avería en el Sahara. A mil millas de cualquier sitio habitado, el narrador se despierta con una vocecita que le pide un cordero. Dibuja, y el niño rechaza todo: este está enfermo, este es un carnero, este es muy viejo. Harto, el piloto garabatea una caja y le dice que el cordero está dentro. Y la cara del niño se ilumina: «¡Es exactamente como lo quería!». Así conoció al principito.

Capítulo TRES: Caído del cielo

Averiguar de dónde venía le costó días. El principito hacía preguntas y no oía las del piloto. Al ver el avión se rio: «¿Has caído del cielo?». Y ahí empieza a entender que el niño viene de otro planeta. Cuando el piloto habla de atar al cordero para que no se pierda, el principito se queda pensando: su casa es tan pequeña que, yendo siempre derecho, no se llega muy lejos.

Capítulo CUATRO: El asteroide B 612

Su planeta es apenas más grande que una casa. El narrador cree que es el asteroide B 612, visto una sola vez por un astrónomo turco. Nadie le creyó hasta que repitió la demostración vestido a la europea. Y de ahí viene el reproche del narrador a los adultos: les encantan las cifras. Si les cuentas que tienes un amigo nuevo, preguntan cuánto pesa y cuánto gana su padre. Nunca cómo suena su risa. Él escribe esto para no olvidar al amigo, y confiesa que teme estar volviéndose como ellos.

Capítulo CINCO: Los baobabs

El principito le explica el drama de su planeta: hay semillas de baobab, y si no arrancas el brote a tiempo, el árbol acaba reventando el planeta. Es cuestión de disciplina, cada mañana, después de arreglarse. Le habla de un perezoso que descuidó tres arbustos. Y el narrador, que casi nunca se pone moralista, grita en el libro: «¡Niños, cuidado con los baobabs!».

Capítulo SEIS: Cuarenta y tres puestas de sol

Su única distracción era ver atardeceres, y le bastaba mover la silla unos pasos. Un día vio ponerse el sol cuarenta y tres veces. Y suelta esa frase: cuando uno está triste, las puestas de sol son agradables. El piloto no se atreve a preguntarle por el día de las cuarenta y tres.

Capítulo SIETE: Las espinas

El principito pregunta para qué sirven las espinas de las flores. El piloto, peleándose con un tornillo, contesta cualquier cosa: pura maldad. El niño estalla. Le dice que habla como las personas grandes, que lo confunde todo. Le habla de un señor rojo que solo hace sumas y repite «soy un hombre serio». Y entonces suelta lo que le duele: si alguien ama a una flor única, le basta mirar las estrellas para ser feliz. Si un cordero se la come, es como si se apagarán todas. Rompe a llorar. Y al piloto ya no le importan ni el tornillo ni la sed. Lo acuna.

Capítulo OCHO: La flor

La flor había brotado de una semilla venida de quién sabe dónde. Tardó días en arreglarse y salió con el sol, diciendo que acababa de despertarse y que estaba despeinada. Era preciosa. También era vanidosa, pedía biombo, pedía globo, tosía para que él se sintiera culpable. El principito, con su buena voluntad, acabó dudando de ella. Ahora lo ve claro: debió juzgarla por sus actos, no por sus palabras. Le perfumaba y le iluminaba el planeta. Era demasiado joven para saber amarla.

Capítulo NUEVE: La partida

El día que se va, deja el planeta impecable: limpia los volcanes, arranca los últimos baobabs. Al despedirse de la flor, le cuesta no llorar. Y ella, que no le había dicho nada, le dice por fin que lo quiere, que ha sido tonta, que procure ser feliz. No quería que la viera llorar. Era muy orgullosa.

Capítulo DIEZ: El rey

Primera parada entre los asteroides. Un rey que ve súbditos en todas partes. Le ordena bostezar, luego le ordena sentarse. Presume de que sus órdenes son razonables, y por eso lo obedecen. El principito le pide un atardecer y el rey promete dárselo, cuando las condiciones sean favorables. A la hora de irse, el rey lo nombra embajador a gritos para no quedarse sin súbdito. «Las personas grandes son bien extrañas», piensa el niño.

Capítulo ONCE: El vanidoso

Un hombre que solo escucha elogios y se quita el sombrero cuando le aplauden. El principito aplaude cinco minutos y se aburre. Le pregunta qué se hace para que el sombrero caiga, y el hombre no lo oye. Los vanidosos no oyen sino alabanzas.

Capítulo DOCE: El bebedor

El más breve y el más triste. Bebe para olvidar que tiene vergüenza. ¿Vergüenza de qué? De beber. Se encierra en el silencio y el principito se marcha sin saber qué hacer.

Capítulo TRECE: El hombre de negocios

No levanta la cabeza ni para saludar. Cuenta estrellas, dice que son suyas porque fue el primero en pensar en poseerlas. ¿Y para qué? Para ser rico y comprar más. El principito le contesta con lo suyo: él riega su flor y deshollina sus volcanes, y a ellos les sirve que sean suyos. A las estrellas, el hombre no les sirve de nada.

Capítulo CATORCE: El farolero

El planeta más pequeño de todos. Cada vez que gira, el hombre apaga o enciende el farol, porque esa es la consigna, y el planeta gira ya una vuelta por minuto. De todos, es el único que no le parece ridículo al principito, quizá porque se ocupa de algo que no es él mismo. Habría podido ser su amigo, pero allí no cabe nadie más.

Capítulo QUINCE: El geógrafo

Un sabio que no sale de su despacho y que anota lo que cuentan los exploradores. No apunta las flores, porque son efímeras. El principito pregunta qué significa eso y, al saber que su flor puede desaparecer pronto, siente por primera vez nostalgia. La ha dejado sola con cuatro espinas. El geógrafo le recomienda visitar la Tierra.

Capítulo DIECISEÍS: La Tierra

El narrador hace cuentas: unos cien reyes, miles de geógrafos, millones de borrachos y de vanidosos. Y para dar idea de lo grande que es, cuenta cómo se encendían los faroleros antes de la electricidad, como un ballet por continentes.

Capítulo DIECISIETE: La serpiente

Y se desdice un poco: los hombres ocupan muy poco sitio, caben en una plaza de veinte millas. Ya en el desierto, el principito no ve a nadie y se encuentra con una serpiente. Le dice que se siente solo, y ella le responde que con los hombres también se está solo. Le ofrece ayuda para volver a su estrella el día que la eche mucho de menos. Habla con enigmas, y dice que los resuelve todos.

Capítulo DIECIOCHO: La flor del desierto

Una flor de tres pétalos que ha visto pasar una caravana. Cree que existen seis o siete hombres y que el viento los lleva, porque no tienen raíces.

Capítulo DIECINUEVE: El eco

Sube a una montaña altísima para ver a todos los hombres y solo ve rocas. Grita que quiere amigos y el eco le repite que está solo. Piensa que los hombres no tienen imaginación: repiten lo que se les dice. Su flor, en cambio, siempre hablaba primero.

Capítulo VEINTE: Las cinco mil rosas

Camina meses y por fin llega a un camino, y el camino lo lleva a un jardín de rosas. Cinco mil, todas iguales a la suya. Se siente desdichado: se creía rico con una flor única y tiene una rosa corriente. Se tumba en la hierba y llora.

Capítulo VENTIUNO: El zorro

Este es el capítulo clave. Aparece un zorro y el principito le pide que juegue con él. El zorro dice que no puede, que no está domesticado. ¿Qué es eso? Crear lazos. Hasta que lo hagas, uno es un niño más entre cien mil y el otro un zorro más entre cien mil. Después, cada uno será único para el otro. Le explica cómo: paciencia, sentarse cada día un poco más cerca, sin hablar, que las palabras son fuente de malentendidos. Y la hora importa: si el principito viene a las cuatro, el zorro empezará a ser feliz desde las tres. «Descubriré el precio de la felicidad», dice. Por eso hacen falta los ritos.

Cuando llega la despedida, el zorro anuncia que va a llorar. «Entonces no ganas nada», dice el niño. «Gano, por el color del trigo», contesta. El trigo dorado le recordará el pelo del principito.

Antes de irse, el zorro lo manda a ver las rosas otra vez. El principito vuelve y les dice que están vacías, que nadie las ha domesticado. Su rosa sola es más importante que todas ellas, porque la regó, la abrigó, escuchó sus quejas y también sus silencios. Es suya.

Y entonces llega el secreto del zorro. Se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos. El tiempo que has perdido por tu rosa es lo que la hace tan importante. Y eres responsable para siempre de lo que has domesticado.

Capítulo VENTIDOS: El guardaguas

Un hombre que manda trenes llenos de gente hacia un lado y hacia otro. Nadie está contento donde está, le explica. Los viajeros duermen o bostezan. Solo los niños aplastan la nariz contra el cristal. Y el principito responde que los niños saben lo que buscan: pierden tiempo con una muñeca de trapo, y la muñeca se vuelve importante.

Capítulo VENTITRES: El mercader de píldoras

Vende pastillas que quitan la sed y ahorran cincuenta y tres minutos por semana. ¿Y qué se hace con ese tiempo? Lo que uno quiera. El principito piensa que él, con cincuenta y tres minutos, caminaría despacito hacia una fuente.

Capítulo VENTICUATRO: El pozo

Octavo día de la avería. El piloto se ha bebido su última gota de agua y está harto. El principito, tranquilo, le dice que es bueno haber tenido un amigo aunque uno vaya a morir. Se ponen a caminar para buscar un pozo, que es absurdo, y lo hacen igual. De noche, el niño suelta que lo que embellece al desierto es que esconde un pozo en alguna parte. Y que las estrellas son bellas por una flor que no se ve. El piloto lo carga en brazos dormido y piensa: lo más importante es invisible. Al amanecer, encuentra el pozo.

Capítulo VENTICINCO: Lo que buscaban

Un pozo con roldana, balde y cuerda, en mitad de ninguna parte. La roldana canta. Cuando el niño bebe, el agua no es alimento: es un regalo, nacido de la marcha bajo las estrellas y del esfuerzo de los brazos del piloto. El principito dice que los hombres cultivan cinco mil rosas en un jardín y no encuentran lo que buscan, que podría estar en una sola rosa o en un poco de agua. «Hay que buscar con el corazón.» El piloto dibuja el bozal prometido, sintiendo el corazón oprimido, y el niño le dice que mañana es el aniversario de su caída. Y se ruboriza.

Capítulo VENTISEIS: La despedida

Al día siguiente el piloto, ya con el avión arreglado, encuentra al niño hablando con una serpiente amarilla de las que matan en treinta segundos. La espanta, lo recoge pálido, y el principito le dice que está contento de que haya arreglado su máquina. Él también vuelve a casa: más lejos, más difícil.

Le deja su regalo. Cuando mire las estrellas, como él habitará en una y reirá en una, todas reirán. «Tendrás estrellas que saben reír.» Serán quinientos millones de cascabeles. Le avisa de que parecerá que se muere, pero que será como una vieja corteza abandonada. Y le pide que no venga, que no vale la pena. El piloto contesta lo único que sabe decir: «No me separaré de ti».

Va con él. El niño da un paso. Un relámpago amarillo en el tobillo. Cae despacio, como un árbol, sin hacer ruido en la arena.

Capítulo VENTISIETE: Seis años después

El narrador nunca había contado la historia. Se ha consolado un poco, no del todo. Sabe que el niño volvió, porque al amanecer no encontró el cuerpo. Y de noche le gusta oír las estrellas.

Pero algo no le deja dormir: olvidó ponerle la correa al bozal. Y se pregunta si el cordero se habrá comido la flor. A veces piensa que no, que el niño la tapa cada noche con su globo de cristal. Otras, que una noche se despistó. Y entonces los cascabeles se vuelven lágrimas.

Mirad al cielo, pide. Preguntad si el cordero se ha comido la flor, sí o no. Veréis cómo todo cambia. Y ninguna persona grande comprenderá nunca que eso tenga tanta importancia.

Cierra con un dibujo del desierto, el más bello y el más triste paisaje del mundo para él. Si pasas por allí, pide, espera debajo de la estrella. Si aparece un niño que ríe, con el pelo dorado, que no contesta cuando le preguntas, ya sabes quién es. Escríbeme. Dime que ha vuelto.

Ahora que lo hemos recorrido entero, mira lo que tienen en común el rey, el vanidoso, el bebedor, el hombre de negocios, el geógrafo y esos viajeros de los trenes. Todos tienen mucho. Un trono, un público, estrellas en el banco. Y ninguno es feliz.

El farolero casi lo es, y por una razón que no sale en ningún manual: se ocupa de algo que no es él mismo.

El Principito no te dice cómo ser feliz. Te enseña dónde no está. No está en las cifras, ni en poseer, ni en llegar antes que nadie. Está en lo que cuidas, en el tiempo que «pierdes» con alguien, en el agua que sabe a música porque la ganaste caminando de noche. Está en tener una rosa, una sola, y saber que es tuya.

Así que te dejo una pregunta, contéstala de verdad: ¿cuál es tu rosa? ¿A quién o a qué le has dedicado tanto tiempo que ya no es una más entre cinco mil?